



# Lisandro Meza, el Rey sin corona

Marina Quintero Quintero

Colombiano canta colombiano.

Lisandro Meza

l.  
Por aquellos tiempos que ya no volverán, en la comarca caían por millares, desde el firmamento, piedras-centellas en forma de hachas, ollas, tinajas, hojas afiladas... después de estos aguaceros fantasmagóricos que hacían berrear a las vacas en los potreros, los niños se internaban en los montes dormidos para hurtárselas a las pangolas; las llevaban consigo, las atesoraban. Eran los mismos

objetos con que la gente tropezaba en los caminos, en los patios, los mismos que brillaban en los quemados, entre las cenizas, después de que el campesino desmalezaba los montes para la siembra, a fuerza de candela. Las piedras-centella eran las herramientas de labor de los abuelos indígenas que los mayores convierten en leyenda a fin de inculcar en los niños el respeto por lo sagrado.<sup>1</sup>

También cuentan los mayores que la música de gaita es el canto de un joven indígena llamado Chuana que, enamorado, robó el caracol de oro de su tribu para regalarlo a la bella Popuna.<sup>2</sup> Escuchando el canto de la rana y el pujo del sapo, Chuana y Popuna crearon el baile de la gaita, pero Carrúa, el pito atravesado, también admirador de Popuna, reveló el secreto ante el mohán de la tribu quien, indignado, los hizo enterrar a todos vivos, con los cabellos esparcidos sobre la tierra. Más tarde, de ahí nacieron la mata de tuna, la de caña popo y la de carrizo, de donde, desde los primeros tiempos, el indio ha sacado los pitos para hacer su música esencial.<sup>3</sup>

II.

En los años en que los signos de una modernidad en ciernes comenzaban a asomar por las faldas de los Montes de María, Lisandro Meza Márquez jugaba, como todos los niños, con totumos, aperándolos como a bestias de carga, y también con los desechos de las empolvadas tiendas y villorrios apostados en las orillas de la carretera. Levantar a piedra cuanta bacinilla vieja encontrarán por los caminos era el objetivo de las habituales expediciones infantiles; los niños disfrutaban haciendo rechinar, una y

otra vez, su peltre desvencijado, que parecía cobrar vida con cada intencionado golpe. Lisandro, en cambio, las tomaba, las inspeccionaba, y producía con ellas sonidos, músicas elementales que se sumaban a la sorda sonoridad de los tarros de leche Klim y al canto brillante de las peinillas y las hojas de naranja envueltas en papel aluminio, que era el envoltorio en que venían los cigarrillos Pielroja.

Aquel conjunto sin nombre alegraba las noches de luna de El Piñal, un pueblo largo que abraza las colinas señoriales de los Montes de María, y que debió acostumbrarse a vivir en la carretera troncal de occidente, arteria que lo convirtió en el único corregimiento de Bolívar Grande con todas sus calles pavimentadas. El Piñal, ubicado entre Ovejas y Los Palmitos, es una sola calle, porque detrás de los patios de las casas cuyos frentes miran la troncal “las colindancias son los potreros y las huertas de los nativos; de los patios que se suben a las lomas para allá, brama el silencio y ponen sus huevos las iguanas de verano” (Hamburguer, 2007:120).

—Éramos los enemigos del silencio. Más bien dábamos la sensación de que hacíamos música, pues las bandas de



Maestro Alejo Durán acompañado por un joven guacharaquero, foto tomada de: Mestra Arminio y Albio Martínez, *Alejo Durán. Su vida y su música*, Bogotá, Domus Libri, 1999.

viento sólo iban al pueblo de año en año; las gaitas, en cambio, eran más cotidianas, recuerda Lisandro. En efecto, mientras el sonido monótono de las gaitas compartía con el sol de los venados el paisaje vespertino de las curvas de El Piñal, las bandas de viento eran siempre una novedad, ellas llegaban al pueblo a animar las fiestas populares y su música no requería ningún permiso para bailotear seductoramente por los patios comunes de aquellas vidas compartidas.

El acordeón también se escuchaba desde los años más cercanos del siglo en que los instrumentos de viento comenzaron a colonizar las costas del mar Caribe. Desde

entonces, viajó con los comerciantes tierra adentro y se asentó en las orillas de los ríos y en las laderas de los montes y, celoso de los pitos ancestrales, conquistó sus músicas hasta dominarlas. Así, en Ovejas, Genaro Villamil y Joaquín Pizarro Mutis lo hacían sonar con especial cadencia; en San Jacinto, Alejandro Alandete y José Manuel García (el “Compañero Josó”) les competían a las gaitas inmemoriales y, ya en el siglo del canto, Eugenio Gil Avilés (“el pollito sabanero”) recorría con sus músicas, mitad nativas mitad foráneas, los más recientes y los más remotos caminos que entraban y salían de San Juan de Betulia.<sup>4</sup>

III.

Lisandro Meza Márquez nació en 1939 en el corazón de la música de sus ancestros. Rosa Barreto, su abuela, una mujer morena, espigada y agraciada, tenía la bien ganada fama en la comarca de ser excelente cantadora de bullerengues y pajaritos, y excelsa bailadora de cumbias. Sus tíos Nica y Pribilerto Márquez eran músicos tamboreros. Sus amigos también lo eran. Del ambiente aquel brotaba música; las piedras y los palos del camino y los objetos de desecho escalaban talentosamente las líneas de ese primitivo pentagrama hecho de tradición y de naturaleza virgen. Sólo hacía falta un líder capaz de sacar esta música primordial de su trilla.

Los Márquez eran de por ahí cerca, de Morroa, y los Meza de San Andrés, un pueblo cercano a Córdoba, Bolívar; allí nació su padre Raimundo. Su madre, Victoria, era piñalera. Lisandro fue el cuarto de ocho hermanos; de ellos, el menor, Jorge, es hoy día reconocido acordeonista radicado en los Estados Unidos. Mérida Díaz, su madrina, fue su maestra de primeras letras, hasta cuando su padre marchó con él para El Difícil, población a orillas del Magdalena, rumbo a La Armenia, una finca de su propiedad.

Raimundo Meza era aserrador y tenía una cuadrilla de ciento cincuenta hombres.

En La Armenia, Lisandro no sólo acompañó a su padre, sino que responsablemente cuidó de sus intereses: vigilante, permanecía en el rancho mientras Raimundo y los peones laboraban en los aserraderos. Entre ellos, uno llamado Pedro Socarrás, oriundo de San Ángel, Magdalena, era acordeonista, cualidad que lo hacía merecedor de un especial reconocimiento. Había llegado a la finca con un viejo acordeón de dos teclados en una pequeña maleta. Cuando Pedro salía al aserradero, el acordeón, supuestamente, quedaba resguardado. En la calma de aquellos tiempos, su dueño nunca llegó a imaginar que aquel jovencito imberbe podía idearse la manera de usurpar su bien máspreciado, pues no contaba con que la magia del instrumento pudiera hacer mella en el espíritu de aquel muchacho, cuyo único mérito era el de ser el hijo del patrón. Pero, en Lisandro la inquietud de saber el origen de sus músicas se iba convirtiendo en obsesión. Inventó entonces un rústico, pero eficaz sistema, una ganzúa, con la cual podía burlar siempre que quería la seguridad de Socarrás.

Durante semanas, en la soledad de La Armenia, bajo la sombra de un higuerón, Lisandro descifraba los misterios de aquella maravilla que no cesaba de retar su natural inventiva. Le sacó muchos sonos, incluso se impuso la tarea de reproducir los cantos que en las voces de sus creadores viajaban por la orilla del río Magdalena y pernoctaban en las fincas de las sabanas magdalenenses y del viejo Bolívar. Para los habitantes de La Armenia, las melodías que salían del rancho debían ser el producto de una especie de “empautamiento” con el mismísimo demonio, pues mientras Socarrás aserraba, el acordeón tocaba, él solo, melodías para todos reconocibles como La hija de Amaranto y Altos del Rosario de “El negro” Alejo Durán, y la Cumbia cienaguera de Luis Enrique Martínez, que desde dos o tres años atrás se escuchaba en los radios que, por la época, eran exclusividad de las familias acomodadas de Plato y El Difícil. El misterio del acordeón de Socarrás sólo se descifraría en la Nochebuena de 1954.

Raimundo Meza, a quien lo asistía el temperamento del buen patrón, organizó una celebración navideña para sus peones y la gente de La Armenia, donde Socarrás mostraría su talante de acordeonista

experimentado. Por aquellos días, las mujeres hablaban en las cocinas y en los lavaderos de las dimensiones que tomaría el convite, y los hombres aperaban, solícitos, el bastimento y el ron para el que sería el más nombrado ágape del que se tuviera noticia. Pero a Socarrás no se sabe qué gusanillo le dañó el alma, y en la Nochebuena, en menos de lo que canta un gallo, quedó en un rincón durmiendo una prematura borrachera, y su acordeón, su pobre acordeón, quedó tirado en un catre, sin alma, sin vida. Lisandro, quien sólo había ingerido algunos tragos cortos y que en ningún momento le había perdido el rastro al acordeón, se arriesgó, lo tomó sin que nadie lo autorizara, y se lo llevó al pecho con decisión, al tiempo que le decía a su primo:

—Ery, rápido, coge la guacharaca, vamo’ a tocá.

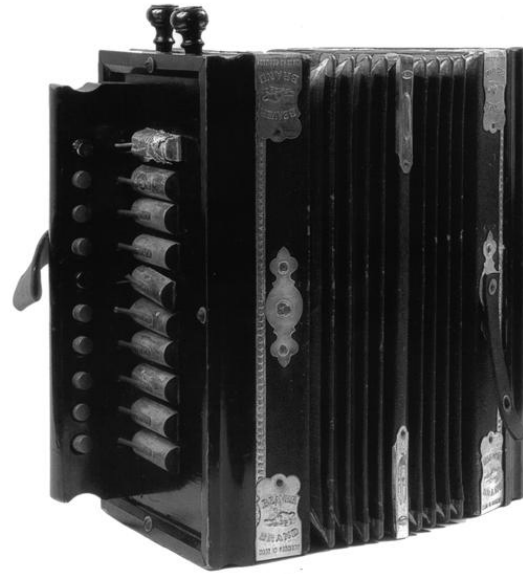
—¡Estás loco!— le replicó, mientras con vacilación la tomaba, presionado por su mirada insistente.

Los convidados, que no terminaban de lamentarse por la flojera de Socarrás, quedaron en suspenso cuando el hijo del patrón registró en el acordeón con nerviosismo, a manera de calentamiento, los primeros compases melódicos. Mas fue sólo un instante: La hija de Amaranto

que, cadenciosa, iba saliendo del desvencijado fuelle, transformó la frialdad de aquellos rostros incrédulos, y la estancia comenzó a impregnarse de un pegajoso aroma. La parranda apenas iniciaba.

Ery no quitaba los ojos del rostro crispado del acordeonista, sobrecogido ante lo que para él era una sublime revelación, se empoderó de su artesanal instrumento y, como dicen los entendidos, “se fajó”. Cabarcas, el cajero, que dormitaba a horcajadas en un viejo taburete, iba despabilando mientras con torpeza marcaba, con todo su cuerpo, el golpe rítmico de la pieza. Un furtivo repique de guacharaca lo rescató de su letargo y con un ágil movimiento de buen cajero, se integró al conjunto.

Lisandro tocó con la pasión de sus años mozos, y durante toda la interpretación, no retiró su mirada del rostro de su padre quien, expectante, lo escuchaba. Sin duda, tocaba para él. Al finalizar, la mirada húmeda de los contertulios le anticipó al acordeonista el aplauso, el abrazo, la felicitación de quienes aún no salían de su asombro.



Acordeón tornillo' e máquina, modelo 1910, foto tomada de Daniel Samper Pizano y otros, *Un vallenato, nueve senderos*, Bogotá, Faldita Films, 2009

—¡Aja! Y este ¿en qué tiempo aprendió a tocá?

Vino luego La cumbia cienaguera y después Altos del Rosario y la parranda cuajó hasta el amanecer. Socarrás podía continuar en su profundo sueño, porque Lisandro se sabía la canción de moda y con eso, era suficiente. En el amanecer de aquellas pascuas, Raimundo Meza ordenó a su hermano Pribilerto viajar de inmediato a Plato, a comprar en la tienda de los turcos un acordeón para Lisandro. Así terminó el “empautamiento” diabólico que mantuvo en ascuas, durante meses, a los lugareños.

IV.

A don Raimundo Meza, no obstante, no le halagaba mucho que su hijo fuera músico; soñaba con un doctor en la familia. Con la autoridad del padre, que sabe lo que es mejor para su hijo, lo envió al Liceo Magangué a cursar su bachillerato. Pero el concienzudo padre no contó con que por los caminos magangueneños avanzaba la figura de ébano de Alejo “El grande”, emulando con su peculiar estilo musical los trasiegos eróticos del pájaro enamorado: “me han dicho que el chupaflor / coge el aroma en el aire / y yo he cogido un amor / lo más sencillo, en un baile / ¡japa!”.

Sólo ocho meses permaneció Lisandro en los claustros del Liceo; cuando Alejo Durán se cruzó en su camino, su voz profunda, entre grito y melodía, sembró en el ser del joven un desasosiego que le recorría todo el cuerpo hasta llegarle al alma. Lisandro supo, desde el primer momento, que Alejo sabía sus vainas y él, ávido de experiencias, decidió seguirlo. La palabra lúcida del maestro obraba en los jóvenes que se le acercaban queriendo conocer las artes del buen amor. Como en un ritual, sacaba su acordeón, registraba algunas melodías, y les decía:

—En este pedazo de acordeón está el secreto del amor, así que, muchachos, aprendan a tocarlo.

Lisandro tomó al pie de la letra su consejo y, desde entonces, no ha declinado en sus búsquedas; de ello da buena cuenta su “acordeón pitador”, tan trajinado. Durante un tiempo, el joven músico fungió como el guacharaquero del más nombrado acordeonista de las inmensas sabanas del Bolívar viejo y las laderas de los Montes de María. Lo acompañó en su periplo por pueblos y veredas, en un decidido intento por contagiarse de la sabiduría de su palabra y de su don de gentes infinito.

Treinta años después, cuando sus pasos veteranos habían llevado por el mundo la alegría de la fiesta colombiana, y cuando las luces de neón le imprimían a su nombre el brillo titilante de las estrellas, el llamado de un deseo juvenil inconcluso lo trajo de regreso a este mundo paradisiaco de versos y correderías y volvió a ligar con el maestro, pero ahora, como su voz en el acetato; la voz para ese viejo acordeón de trasiegos, en cuyo tinglado el canto de Lisandro, hecho de sabana y corral, volvió a recorrer aquellos pueblos y veredas de sus recuerdos. Alejo y yo fue el nombre del homenaje “larga duración”



Maestro Alejo Durán, foto tomada en Medellín en 1954.

que propios y extraños disfrutaron en patios, galleras y corralejas, y también en las tarimas, escenarios que los nuevos tiempos ya habían entregado al jolgorio nacional.

Raimundo Meza murió en 1956 en El Piñal, sin imaginar siquiera el éxito que aquel mozuelo intrépido alcanzaría a la vuelta de unos años; y Alejo Durán, quien generosamente le abriera su corazón, pasó a ocupar ese lugar significativo con tal fuerza, que los hijos de Lisandro recuerdan hoy al maestro como a un abuelo sabio y magnánimo que llevan en su corazón.

V.

No cabe duda; el encuentro con el maestro del acordeón aumentó su amor por el instrumento, por los sones, el fandango y las cumbiambas. Si bien sus pasos los llevarían por caminos diferentes, el espíritu de aquel hombre paradigmático vivía en su ser, y anduvo con él aprobando con su gesto benevolente el estilo que su toque iba depurando. Las rústicas empalizadas y el olor a ron, pegado al sudor de los manteros jadeantes, fueron testigos del nacimiento de un rey que, sin pergaminos ni dinastía, conquistaba para sus dominios el alma de los pueblos.



En uno de esos días calurosos de enero, Lisandro tocaba en una corraleja en Magangué, cuando los músicos Roberto y Carlos Román lo abordaron:

—Lisandro queremos que tú seas el acordeonista de Los vallenatos del Magdalena. ¿Qué dices?

Halagado por la deferencia, pues se trataba de suplir al gran Aníbal Velásquez, aceptó gustoso y comenzó así su carrera como músico de cartel; ahora integraba una agrupación con nombre estelar. Durante un año recorrieron pueblos y ciudades. En Barranquilla se reveló para él otro mundo, otras inquietudes nacían en el seno de la música, y el ya experimentado acordeonista estaba a la altura. Fue cuando un ritmo foráneo, la guaracha, retó su talento. En el mercado, el acetato tomaba cada vez mayor fuerza, y los discos de 78 revoluciones estaban a la orden del día. Juan Velásquez, hermano de Aníbal, cambió con su toque de caja el sabor del bongó cubano, y Lisandro adaptó su estilo. Así, en 1962, se grabó en Colombia la primera guaracha en acordeón, titulada Adiós Dolores. Con esta innovación vino la fama y Lisandro, visionario, armó su propia agrupación.

Lisandro Meza y sus alegres muchachos recorrieron el nuevo mundo que, pródigo, se abría a sus pies. Los contratos eran la nueva forma de extender la música y Lisandro aprendía a negociar con los empresarios. De la Feria de Cali lo solicitaron.

—Fue un viaje de fantasía, recuerda Lisandro.

Abordaron en Ciénaga “el diablo” aquel “que llamaban tren”, y, parapetados en sus escurridos vagones, se impregnaron del color de los pueblos, del aroma de los campos, de los nuevos sonidos de los atardeceres. Sin embargo, lo más sorprendente, después de hacer bailar fandango a los caleños, sucedió en La voz del Río Cauca; allí, entre la admiración y el mutuo reconocimiento, alternaron con el gran señor mexicano Pedro Vargas.

—Cada uno hizo lo suyo. Tocamos en Cali y nos escucharon en toda la Costa ¿te imaginas cómo fue eso?

A paso seguro, un rey conquistaba el interior del país. Después de compartir escenario con el bolerista Leo Marini en La voz de Antioquia, la firma Posada Tobón lo contrató como artista

protagónico de una correría promocional por la sabana. Triunfantes, Los alegres muchachos regresaron a sus lugares de origen, en un derroche de música y buenos augurios. Pero lo que se perfilaba como una gira más en la ruta profesional de los noveles músicos dio lugar a un suceso que sería definitivo para la vida de Lisandro.

En Los Palmitos, entre las gentes que con curiosidad observaban el despliegue del evento, en un instante en el que el tiempo pareció detenerse, Lisandro captó, con asombrosa nitidez, el rostro de una bella mujer a la que miró con tal plenitud que la grabó en su ser para siempre.

—A la vida se llega con el camino trazado. Esta va a ser tu mujer, esta tu vida. Anota convencido.

Luz María Domínguez, a quien el mundo musical conocerá como La niña Luz, contrajo nupcias con Lisandro Meza en 1957, en una ceremonia nunca vista por esos pueblos de Dios. Un cortejo de dieciocho padrinos acompañó a la pareja engalanada con ropas de postín. Desde entonces, en la casa grande de Los Palmitos, una buena mujer siempre lo espera al regreso de sus correrías.

Lai la la lai la la la  
el muchacho alegre se va

lai la la lai la la la  
pero tiene que regresá

Con sus Muchachos, Lisandro compartía el arrojo de un deseo renovador, de un afán creativo. Las dificultades lo fueron obligando a adquirir conciencia de su arte, una conciencia estética, no sólo de su propia ejecución, sino del sonido, de la armonía de su conjunto. Con esta conciencia emergía el compositor, el arreglista, el director, el productor. Un rey se consolidaba en sus dominios.

En los mismos tiempos en que Los alegres muchachos trajinaban su música, abonada por una tradición mestiza y laboriosa, germinaba en los alrededores de la plaza Majagual de Sincelejo la agrupación musical más célebre del país. Los Corraleros de Majagual, dirigidos por Alfredo Gutiérrez, y respaldados por el sello empresarial de Toño Fuentes, se erigieron, en los inicios de los años sesenta, en la casta musical de la más rancia estirpe del Bolívar Grande. Mas inesperadamente, en pleno apogeo de la creatividad y de la fama, su director dimitió. En esta encrucijada, el productor, que ya tenía noticia del talento y del empeño empresarial de nuestro joven músico, sin pensarlo dos veces, le entregó

la responsabilidad de proteger la esencia de Los Corraleros, sin desmedro de su proyección artística.

—Yo llegué a Los Corraleros a aportar mis ideas.

En efecto, desde el inicio su cometido fue superar las fronteras de la Costa Caribe y del país.

—Pensaba en una propuesta más rumbera, ratifica.

Para lograrlo, requería otra instrumentación. Entonces, sin reato alguno, incluyó el bajo electrónico, con lo cual enriquecía la armonía —los obligados de bajo fueron magistrales en La burrita y otras piezas— y, en busca de otra sonoridad, reemplazó la caja por el timbal, no obstante algunos escepticismos.

—Escuchemos qué nos trajo Beethoven —dijo irónicamente Chico Cervantes cuando el director se aprestaba a presentar su maqueta ante las directivas de la disquera y ante los músicos.

—Suéltela pa' que se defienda bailó sola en aquella difícil prueba y salió airosa, recuerda Lisandro.

—Me gusta, pero no son Los Corraleros dijo Fuentes, y aprobó.

El L. P. salió al mercado una semana después, y los nuevos Corraleros de Majagual se fueron de gira por el mundo, con rotundo éxito. El rey extendía sus dominios. Mientras Los Corraleros pisaban tierras extranjeras, por los caminos viejos y polvorientos de la Sabana, Alejo “El grande” avanzaba hacia el Valle de los Santos Reyes, donde coronarían al primer Rey de la Leyenda. Competiría con otros como él, pero Alejo tenía lo suyo. Una mujer que encontró en una posada del camino le vaticinó el triunfo:

—¡Usté sí que tiene concha! ¿Piensa que le ganará a Luis Enrique Martínez o a Alejandro Durán?

Aquella noche de abril, en la tarima festivalera, Alejo ornamentó con sus atributos el canto ancestral y su toque evocó los sonidos del campo y de la vaquería, y también el gusto de la gaita, del tambor y del pito travesero. Ahora la figura mítica de Francisco el Hombre se replicaba en la imagen de ébano del Rey de la Leyenda.

—Los hombres no mueren para siempre; los hombres en sueños se repiten, musitó el rey.<sup>5</sup>

En tanto, Lisandro innovaba para el interior del país y para el mundo; pero, en lo profundo de su ser musical, los sonidos añejos del fuelle trashumante pedían su tributo. Entonces el rey, recogido en los meandros de su Sabana, tocaba y cantaba como en La Armenia, como en las corralejas de Magangué. Así fue que en el año 68, con su Conjunto de caja y guacharaca su sentimiento cantó:

Colombiano canta colombiano

Vallenato canta vallenato

Y con las notas “pegadas” de El saludo y ¡Upa ja!, siguiendo los pasos del maestro, arribó a la ciudad de los Santos Reyes de Valledupar. El rey iba por la corona.

“De música de Colombia la que canto es la vallenata / es extenso su folclor como su tierra, querida patria”, cantaban los vallenatos haciéndole coro al sabanero que, con estirpe de ganador, iba dejando atrás a sus adversarios, uno a uno. Cuando en aquella noche brumosa se produjo el inesperado fallo del jurado calificador, el pueblo dejó de cantar, y en un acto de

rebeldía suprema, lanzó a la tarima su inconformidad. La multitud sacó en hombros al rey sin corona y durante tres días lo aclamó.

El rey retornó a la casa grande de Los Palmitos, y en los diez años siguientes se ocupó de entregarle al mundo la inagotable gracia de Los Corraleros. En 1978, cuando se retiró, tenía en su haber 41 discos de larga duración.

—Al final no hubo entendimiento con la disquera en el asunto de los créditos, dijo con cierta pesadumbre.

Doce años permaneció Lisandro como artista de Fuentes. La decisión de cerrar este capítulo de su vida profesional llegó cuando ya hacía “rancho aparte” con aquellos músicos que antaño, de a pie, habían trajinado con él por los caminos, a veces inciertos, de su patria. Comenzó nuevamente el “vaya y venga” con los empresarios. Un día cualquiera, un hombre interesado llegó hasta Los Palmitos en busca del veterano músico. Se encaminó hasta la casa grande y, para sorpresa suya, lo que encontró fue un montón de “pelaos” haciendo una música que de entrada lo transportó a la rueda de la cumbiamba, del fandango...



Acordeón de dos hileras, foto tomada de Daniel Samper Pizano y otros, *Un vallenato, nueve senderos*, Bogotá, Faldita Films, 2009.

—Busco a Lisandro Meza; es para un contrato. Dijo emocionado el hombre, con gesto de empresario.

—Anda de gira, respondió “Chane”, el hijo mayor del rey, quien oficiaba de director.

—Bueno, si no está Lisandro entonces, me llevo a los hijos de la niña Luz.

El susodicho no imaginó que su ocurrencia le daría nombre a la agrupación musical que llevaría a Latinoamérica y al resto del mundo el nombre de Colombia, vibrante, en el aura melódica que envuelve al grito de cumbia, al golpe de tambor, al “guapirreo” del porro.

En la casa grande de Los Palmitos nació la agrupación Lisandro Meza y los hijos de la Niña Luz. La prensa nacional lo registró

en 1978. Este hito de la música nacional ha alcanzado, en más de tres décadas, la dimensión de una organización musical que brilla con luz propia en los escenarios más sofisticados del mundo.

Los hijos de la Niña Luz volvieron por los fueros de la tradición; la caja integró nuevamente la cuerda percusiva y la sonoridad se situó entre los primeros y los segundos Corraleros, en una suerte de homenaje que los hace presentes en la memoria de la fiesta colombiana. Los hijos de la Niña Luz salieron al mercado con *Las tapas*, un cumbión al que el Carnaval de Barranquilla, gozón, le entregó el Congo de Oro en 1980.

—El cumbión es diferente a la cumbia porque tiene dos golpes más, precisa Lisandro.

Sí. Son dos golpes que liberan del corazón mulato y mestizo de la cumbia la alegría que, históricamente, ha debido mantener prisionera. El cumbión es el más importante aporte de Lisandro Meza a la modernización de la música colombiana.

## Epílogo

Veinte años después de aquel lejano abril, Alejo volvió a la tarima festivalera a

disputar con los Reyes de la Leyenda la corona suprema. El pueblo vallenato coreaba, frenético, su Pedazo de acordeón, en medio de lo cual una mujer gritó:

—¡La suya es la nota primigenia! ¡Él es el rey!

Pero en el viento flotaba una sospecha.

Alejo Durán fue coronado Rey de Reyes en Planetarica, dos meses después de aquella noche incierta.

A Lisandro Mesa, Sincelejo lo coronó como primer Rey del Festival Sabanero del Acordeón. Pero no fue suficiente. Su frente lleva la ausencia de una corona que ha hecho de él un rey sin adversario.

“Chane”, el hijo mayor de la Niña Luz, de quien el rey dice es el mejor acordeonero de Colombia, concursó en 2010 en el Primer Festival de la Hamaca Grande, con un despliegue de auténtica nota sabanera trezada en amorosa filigrana. Mas en el viento de aquella noche cartagenera, también flotaba la sospecha. “Chane” regresó a la casa grande de Los Palmitos llevando en su frente el peso de una ausencia.

## Notas

1. Inspirado en el relato de Alfonso Hamburger, En cofre de plata, 2007.
2. Chuana es el vocablo indígena que da nombre a la gaita larga, y popuna la voz que nombra la gaita corta o gaita hembra: instrumentos ancestrales de la tradición musical de los Montes de María.
3. Narración tomada de Gaceta Cultural de Sabanas, Sucre, 2005, citada por: Gil Olivera, Numas Armando, Toño Fernández. La pluma en el aire, Bogotá, Editora Guadalupe, 2005.
4. Datos históricos suministrados por Alfonso Hamburger, en entrevista realizada el 19 de mayo del 2011.
5. Mestra, Arminio y otros, Alejandro Durán. Su vida y su música, Bogotá, Domus Libri, 1999.

**Marina Quintero Quintero** es Magíster en Educación, Profesora Titular de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia y estudiosa de la cultura musical del Magdalena Grande y de las Sabanas de Bolívar, Córdoba y Sucre. Es directora y realizadora del programa radial “Una voz y un acordeón” que emite la Emisora Cultural de la Universidad de Antioquia desde 1983. Actualmente prepara un libro titulado Por los senderos de la vallenotología. Escribió este artículo para la Agenda Cultural Alma Máter.